

**Reseña bibliográfica:** Escudero, E. (2016). *Cultura histórica y usos del pasado. Memoria, identidades y política en una experiencia local (Río Cuarto, 1947-1986)*. Rosario: Prohistoria. 342 pp.

**Palabras Claves:** Usos del Pasado – Memoria – Política

**Keywords:** Uses of the Past – Memory – Politics

La temática de “usos del pasado” ha demostrado ser un continente ignorado, una *terra incognita*, que, en comparación con su extensión, ha sido casi inexplorado. Las exploraciones que recientemente distintos autores en la Argentina han realizado son apenas diarios de viajes reducidos, con la sola excepción de esa isla ampliamente poblada y trajinada, pero ínfima en relación con la totalidad del continente, que han sido los estudios historiográficos. A diferencia de eso, Eduardo Escudero ha hecho un detallado mapa de los usos del pasado a través de una frondosa y exhaustiva tesis que consolida lo que en general venían siendo cortas intuiciones o fragmentos dentro de tesis dedicadas a otra cuestión.

Es ahí donde se encuentra uno de los grandes hallazgos de este libro: en recortar un espacio geográfico reducido, para poder encarar la topografía íntegra de los usos del pasado circulantes. Es decir, como muy bien dice el autor, para rescatar “las complejas y múltiples formas en que una sociedad se relaciona con su pasado” (p. 335), y hacerlo a través de una perspectiva que exige una persistente sutileza de análisis, ya que supone las formas en que los actores buscan vincular su “historia local en el concierto de la Nación” (p. 13).

En ese sentido, la empatía de quien escribe con el libro de Eduardo Escudero comenzó a funcionar en virtud de las relaciones con un trabajo que había realizado sobre la conmemoración del centenario del levantamiento de los libres del Sud, en Chascomús durante el fresquismo (Bisso, 2012), que, precisamente, intentaba indagar estos problemas. En síntesis: ¿cómo cada lugar trata de integrar su pequeña porción patria propia dentro del agobiante canon nacional que tiende incesantemente a la homogeneidad y a los trazos del puñado de próceres más consagrados? Y, por otro lado, ¿cómo esa interacción complejiza la mirada sobre los usos del pasado en términos políticos? Así, en mi caso, el ministro de un gobierno que se podía suponer –a simple

vista- “rosista” por su condición aparentemente indubitable de “fascista”, sin embargo no dudaba en promover de manera encomiástica la conmemoración del suceso en Chascomús y Dolores como la lucha contra la tiranía y la defensa de las libertades públicas, en pleno momento de tensión por la defensa del modelo fraudulento y de la tradición del 6 de septiembre por parte del gobernador.

Por un momento imagínese el lector, si se producían estos dilemas en relación con un levantamiento que al menos la historia canónica había valorado positivamente, aunque fuera relativamente marginal, lo que sucederá cuando –en cambio- el culto al fundador mismo de la ciudad, como el marqués de Sobremonte, se da de bruces con los arquetipos de procerización patria. Eduardo Escudero, en una de las más exquisitas páginas del libro, muestra los denuedos, incluso poéticos, de algunos intelectuales del lugar, por intentar, al menos, indultar parcialmente la figura del marqués. Algo que luego va a ocurrir con Aramburu, en especial después del período que trabaja el autor, pero que ya puede verse en los contrahomenajes que presenta en su visita el Padre Mujica y, en general, en todo el período del tercer peronismo.

Eduardo Escudero, en ese sentido, descubre a lo largo de estas más de 300 páginas, en un exhaustivo y documentado estudio, impecable en su factura profesional, las estrategias conmemorativas y apelativas al pasado en la ciudad de Río Cuarto, unificando el estudio de usos del pasado con la instancia de la historia local. En este cruce, el autor describe la importancia que el pasado tiene en la construcción identitaria y en la construcción de esencialismos que refuercen dicha identidad. Esto es muy interesante, porque demuestra las formas en que la historia que pareciera ser el estudio de lo contingente, en muchas de las operaciones historiográficas y de usos del pasado, estuvo determinada a poner el acento en lo “esencial”. El historiador descubre acá no sólo la “calidad” de esos emprendimientos, sino también la amplia conciencia de esos “intelectuales de pueblo y de ciudad” que los realizaban.

Un particular hallazgo me parece un texto de Solivellas, muy perspicazmente destacado por Eduardo Escudero en el comienzo de la primera parte del libro, que poetiza: “Ahora me denominan Río Cuarto, pero yo soy aquel que nació antes o después que el pájaro y el hombre, en las oscuridad de un tiempo sin historia” (p. 59). Este texto no tiene demasiado que envidiar –en términos de eficacia identitaria– al Borges de “Fundación mítica de Buenos Aires” cuando dice “A mí se me hace cuento que empezó Buenos Aires, la juzgo tan eterna como el agua y el aire”. Uno podría pensar: “Buenos Aires es Buenos Aires” y la fuerza de esa poesía parece más contundente por el arsenal identitario de esa metrópoli. Sin embargo, en términos de efectos sobre la población ante la que apela, uno dudaría cuál de los dos textos resultó más efectivo en su capacidad de consolidar una identidad. Lo mismo sucede con la canción patria riocuartense “Villa Heroica”, que contextualiza tan bien el autor en este libro.

Existe una tensión, que me parece central en el libro de Eduardo Escudero, entre qué es lo mejor que lo local tiene para ofrecer para la lógica de la historia patria y

aquello que, en cambio, se aviene mejor con la propia lógica de la ciudad. La clarificación de dicho dilema nos permite una diagonal de lectura fenomenal para advertir la pulsión político-ideológica en los distintos momentos que se analizan. Por ejemplo, la potencia del culto a San Martín durante el peronismo no terminaba de provocar demasiada expectativa para la lógica local y su uso era constantemente puesto en tensión con el de la identificación con Perón. Muy interesantemente, el historiador señala una voz local que dice: “los atributos de San Martín son utilizados para llevarse con irreverencia al Gran Capitán a su campo partidario” (p. 88), pero también muestra lo múltiple de lo que San Martín podía referir en Río Cuarto a través del decálogo de la institución que lo celebraba y que unía antiimperialismo, culto a Dios y apelación juvenilista, entre otros.

Estas tensiones también, por ejemplo, las podremos ver en los discursos situados en la época peronista. Mientras que en uno de los casos, como el de Sarandón, se señala algo que podía resultar disonante con la voluntad fundacional del peronismo, al decir: “la generación actual si bien debe sentirse orgullosa, no debe serlo a punto de creer que todo es obra exclusivamente suya” (p. 66). Otro, como el del comisionado municipal, Nolasco Ferreyra, al poner el acento en “la civilización armada de la cruz y la espada” (p. 67), evidenciaba un uso del pasado que, a la vez que buscaba realzar la esencia “fortinera” de la ciudad, lo colocaba claramente, para los actores que lo escuchaban, en uno de los dos campos del peronismo cordobés, que César Tcach ha demostrado ya magistralmente cómo se enfrentaban desde el inicio y que habían provocado la continuidad de la intervención (Tcach, 2006).

Frente a esos otros usos, también igual de complejos, podían pensarse otros en otra lógica como aquel que pensaba que la fábrica podía ser “un campo de batalla” y que en ella el obrero podía ser un “San Martín”. Este tipo de hallazgos, sobre todo, nos permite pensar en la necesidad, como hace Eduardo Escudero, de situar la investigación en espacios concretos, ya que si diéramos por anticipado los sentidos de los usos del pasado, nos resultaría muy difícil apreciar la riqueza de ese ejemplo que él da, en el que –en torno a la ambivalencia sanmartiniana– se sumaban otras como las de aquel antiperonista, quien sin embargo valoraba en su discurso que el ideal de Nación era una patria “justa, libre y soberana”.

¿Cuántas preguntas –no para cerrar– sino para extender y desdoblar se nos disparan en esa cuestión? Uno podría ir por la explicación fácil de la manipulación, la censura, el doblez moral, y otras ciento de explicaciones poco fértiles para el análisis historiográfico. Sin embargo, la posible existencia en la localidad de Río Cuarto, de un conocido antiperonista, que valore como ideal sanmartiniano, un *slogan* producido por el peronismo, nos sigue demostrando que todavía hay mucho por descubrir en esos amplios campos de los usos del pasado y que no hay extrapolaciones posibles a partir de un supuesto “uso nacional”.

En contraposición con la disolución del culto sanmartiniano para la lógica local, el autor nos exhibe la mención a un sentimiento más local como la Conquista del Desierto. Sin embargo, nos muestra también muy sutilmente, la afloración de otras tensiones en la construcción de otros sentidos y la también fracasada instalación de una jerarquía de la ciudad frente a otras posibles alternativas, que, continuamente, frustraban los monumentos que se proyectaba hacer. Es como si Eduardo Escudero nos mostrara –y aquí funciona muy bien la mención a la obra realizada por de Ímaz– la forma en que a la prosperidad y progreso de la élite de Río Cuarto, le hubiera quedado “chico” el pasado (tal como lo refiere Filloy) y que no se pudiera referir más que a algunos hechos para los cuales había que trajinar mucho para dotarlos de significación. Como, por ejemplo, todo lo relacionado a la conmemoración de *Una excursión a los indios ranqueles* de Mansilla, que resulta uno de los momentos más interesantes del libro. Por un lado, la posición tampoco dejaba de ser ambigua, porque por más que el historiador muestra muy bien cómo la élite se posiciona del lado civilizatorio (por ejemplo con la celebración de Eduardo Racedo, el profanador de la tumba de Mariano Rosas) frente a la barbarie india a menudo demonizada, sin embargo, una de las radios que transmite los homenajes a los expedicionarios del Desierto, será una radio llamada, nada menos, que “Radio Ranquel”. Asimismo, uno de los proyectos monumentalísticos pondría en evidencia el reconocimiento que “el ranquel luchaba por la permanencia en el suelo que lo vio nacer” (p. 205). En ese marco, la reconstrucción que hace Escudero de cómo se distribuyen los roles en esa rememoración y la queja de los franciscanos frente al excesivo peso militar son muy enriquecedoras para el análisis.

Pero, precisamente, esta ansia de pasado resulta determinante para entender instituciones como la “Junta de Historia de Río Cuarto”, a las que junto con otras comisiones de homenaje, el autor analiza puntiliosamente. A través de ellas, además de las previsible sorpresas que uno se puede llevar, como encontrar en la comisión de “Homenaje a Aramburu” como vicepresidente a uno de los diputados radicales, que será luego uno de los artífices del entendimiento que llevará a Alfonsín a la presidencia; lo que se encuentra es una voluntad notabiliaria de construcción del pasado y que Eduardo Escudero muestra interesantemente al demostrar cómo los “veneradores” de próceres, en cierta medida, lo hacen por la búsqueda de formar parte –en carácter transitivo– de ese mismo panteón de próceres, al mostrarse como los “preservadores” del pasado. Quien venera al prócer e insta a otros –bajo mecanismos de redes no muy diferentes a los de *Avon* o *Tupperware*– a hacerlo, también pareciera “procerizarse” un poco.

Esta demostración en el libro que reseñamos, tan bien argumentada, que yo encuentro concordante con las prácticas sobre el culto a los muertos en el scoutismo argentino que he investigado, me llevó a pensar en algo que el libro puede facilitar pensar, *más allá* del caso específico (aunque facilitado sólo gracias a su análisis). Los actores que presenta Eduardo Escudero, en gran medida como dice él, se presentan a grandes trazos, con una marcada voluntad elitista, tradicionalista y corporativa, en la que se

hace de la Historia un lugar de poder. Sin embargo, es imposible dejar de pensar en la necesidad de reflexionar sobre nuestras propias prácticas historiográficas. Podría señalarse a quien escribe que esta comparación es extemporánea, que no tiene nada que ver, los historiadores son profesionales, investigadores del Conicet, que cuentan con muy superiores capacidades metodológicas para evitar esas tentaciones. Esos argumentos se exhiben sospechosamente parecidos a los que usarían los miembros de la Junta de la Historia, frente a otros interlocutores, basados en su saber y su “dominio” de la práctica historiográfica.

Me pregunto: ¿cuánto de esta voluntad de épica transitiva no puede presentarse en nosotros al hacer historia? Es cierto que ahora son estudios que recuperan lo indígena, las tradiciones democráticas, pluralistas, antifascistas, las experiencias de género, y demás voces antaño “silenciadas”. Sin embargo, hasta qué punto esa tarea no está impulsada, aunque ahora no dicha tan abiertamente, por esa voluntad del investigador de contagiarse con la épica de los luchadores, los pobres, las mujeres, etc. y, de alguna manera, “beneficiarse” de ellas.

Un entrevistado Carlo Ginzburg ha vivenciado un sabor agridulce ante ciertas travesías de la labor historiográfica, similar a la que aquí invocamos, y lo ha expresado de la siguiente manera: “De tanto en tanto, la historia social de las últimas décadas ha podido leerse como un desfile de los orgullosos vencidos de la historia. No estoy tan seguro respecto a cómo posicionarme ante eso. Por un lado, los aspectos históricos representados por gentes como Menocchio son obviamente importantes. Pero, por el otro, no necesitamos de ninguna contracultura histórica acompañada de una proyectada galería de héroes derrotados. Eso nos haría transmutar la historia en ideología, lo que nunca es bueno” (Ginzburg y Riiser, 2003).

Creo que, aunque el trabajo de Eduardo Escudero identifica ciertas prácticas de historiadores y de usuarios del pasado, con los que la mayoría de los colegas difícilmente podría empatizar, que incluyen la celebración del golpismo de Aramburu, de las prácticas profanadoras de los exploradores del desierto y del perfil aristocrático de Sobremonte, sin embargo nos alerta acerca de una práctica historiográfica que resulta a menudo difícil de retirar, que suele ser muy contraproducente para combatir el lugar jerarquizado del historiador y que sabe expresarse en esa supuesta transitividad épica que la “importancia” del tema parece otorgar a quien lo estudia. Frente a ese lugar “olímpico” del historiador en el que, claramente, Eduardo Escudero evita posicionarse, cabría repetir –pensándolas para la historia– las palabras que Adorno destina, en *Minima moralia*, a la filosofía:

que le ocurre entonces lo que a la mala pintura, que imagina que la dignidad de una obra y la celebridad que adquiere depende de la dignidad de los objetos representados; un cuadro de la batalla de Leipzig valdría más que una silla en perspectiva caballera (Adorno, 2003, p. 131).

Este libro nos demuestra cuánto vale estudiar los usos del pasado de Río Cuarto, no en su lugar de supuesta “importancia”, que la condenaría a “valer” más que Sampacho y menos que Córdoba capital, sino por el valor intrínseco de sus peripecias y que ha hecho despertar la atenta lectura de Eduardo Escudero y desnudar las particularísimas complejidades que ese caso particular puede activar, permitiéndonos volver a reflexionar de manera empírica y situada acerca de la riqueza de la temática y de la multiplicidad de variables analíticas que supone.

### Referencias bibliográficas:

Adorno, Th. (2003). *Minima moralia. Reflexiones desde la vida dañada*. Madrid: Akal.

Bisso, A. (2012). ¿Cómo organizar lo espontáneo? Los notables locales y las formas de celebración y conmemoración de carnavales y fechas patrias en Chascomús durante la gobernación fresquista. *Cuadernos del Sur*, 41, 9-36.

Ginzburg, C. y Riiser, T. (2003). On the dark side of history. Carlo Ginzburg talks with Tryve Riiser Gundersen. Recuperado de: <http://www.eurozine.com/on-the-dark-side-of-history/>

Tcach, C. (2006). *Sabattinismo y peronismo. Partidos políticos en Córdoba (1943-1955)*. Buenos Aires: Biblos.

Andrés Bisso  
Universidad Nacional de La Plata/  
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas  
[andresbisso@yahoo.com.ar](mailto:andresbisso@yahoo.com.ar)